"Earth! My likeness!
Though you look impassive, ample
and spheric there
I now suspect that is not all".

Whitman.

Inmensidad y entereza en la obra de Gabriel Miró

por

Carla Cordua

De Gabriel Miró se dice de preferencia y antes que ninguna otra cosa que es un gran estilista. Si por estilo se entiende la manera, el modo propio del escritor, la afirmación es, aunque acertada, insuficiente. Deja sin resolver la cuestión de por qué nos interesa y asombra también cuando no nos ocupamos de formas o técnicas de expresión. Si estilo, en cambio, es *lo que* un escritor dice, según su propia e inconfundible manera, entonces, la aseveración equivale a sostener que Miró es un gran escritor. Lo cual, a pesar de ser tan justo, no resulta muy decidor. El estilo consiste en el orden y el movimiento que introducimos en nuestro pensamiento, decía Buffon. ¿Qué pensamiento es ese que se mueve ordenadamente en la obra de Miró? He aquí la pregunta que nos impone nuestra convicción de que Miró es un gran estilista.

La fórmula de la pregunta, sin embargo, parece particularmente inadecuada al caso. La crítica es casi unánime en el sentido de que en los libros de Miró no se mueve nada: que todo está inmovilizado, detenido; que no pasa, no ocurre nada. Ortega, que, con sus rápidas y audaces incursiones en tantos terrenos diversos, marcó decisivamente el rumbo de las letras castellanas, dejó caer de su pluma la palabra ingeniosa, según la cual la de Miró sería una "novela paralítica". Se trata, por cierto, de una paradoja. En una novela se supone que suceden cosas, que hay desarrollo, cursos de acción, destinos, drama. Si faltan no hay novela. La novela paralítica es la negación de la novela. El problema de si Miró puede o no, en rigor, ser considerado como un novelista se ha convertido, en efecto, en una cuestión disputada[1].

La impresión dominante es que el tema principal de los libros de Miró es el paisaje y que el tratamiento que el tema recibe es la descripción[2]. Pero, ¿de qué paisaje y manera de describir se trata como para que ahogue y desmigaje la acción novelesca? Pues, el paisaje en su función acostumbrada de medio natural de las acciones humanas no ha sido nunca en la literatura un obstáculo para la narración de tales acciones o cursos de conducta. Antes bien, la relación entre paisaje y vida humana en la novela es la de una

[1]"La incapacidad de Miró como novelista —tantas veces señalada y estudiada es hija de [su] desbordada sensibilidad ... Cuando parece entregarse a la función narrativa — ... — y se mete y nos mete en un mundo cerrado, perfectamente novelesco, el lector acaba teniendo la impresión de que lo novelesco no es sino un pretexto para que el narrador inserte sus bodegones habituales, sus retratos de exterioridades, los trasuntos de sus sensaciones".

G. Torrente Ballester *Panorama de la literatura española contemporánea,* I, págs. 265-6, 2ª ed., Madrid, Guadarrama, 1961.

[2]"La novela necesita pasar y fluir, y no detenerse y reposar... La historia la resuelve siempre nuestro autor como un hecho descriptivo. Los actos se convierten en estampas. Y el diálogo se petrifica o queda plasmado en una actitud de retrato". "Todo en Gabriel Miró se convierte en paisaje y el paisaje en estampa".

D. Pérez Minik, *Novelistas españoles de los siglos* XIX *y* XX, págs. 195-6 y 186, Madrid, Guadarrama, 1957.

iluminación mutua, la de corroboración y explicación del uno por la otra y al revés. Especialmente así, cuando se trata de obras de inspiración romántica en las que a menudo la descripción del paisaje destaca en él un carácter que resulta luego ser el anuncio temprano de lo que ocurrirá en su seno. Esta correspondencia, lejos de representar un recurso literario, cuya finalidad sea conferir unidad a la obra, es más bien, como procedimiento técnico, la consecuencia de la convicción del autor de que existe un parentesco hondo, y demasiadas veces, no percibido, entre el drama de ciertas existencias y la vida natural alrededor que las alberga en sí.

La otra explicación recurrente de la lentitud de la novela de Miró me parece que procede de la interpretación de "Azorín". "El autor es un sensual; se delecta en las cosas. Pero la delectación no es sensación rápida; la delectación es morosa... La impresión que la lectura de *Años y leguas,* me iba produciendo era confirmativa de mis anteriores impresiones. Carnosidad; delectación morosa. Ritmo lento, por tanto. Ritmo de sibarita; ritmo de sensual"[3]. Escritor sensual: en la medida en que esto se refiere verdaderamente a Miró como autor y no sea una mera alusión a su carácter personal, la afirmación equivaldría a decir que en estos libros hay mucho *sobre* la vida de los sentidos. Cosa que se deja hacer, pero que constituye tan poco un impedimento para la novela como la atención al paisaje. Si la frase, en cambio, entraña que Miró mismo, por sensual o sensitivo, anda como enredado en sus sensaciones y que por ello no consigue urdir un argumento, entonces es obviamente falsa. En general, se podría decir que si existe algo como la pura sensación ella es lo propiamente inefable, intrasmisible. Un escritor sensual es una contradicción en los términos. La sensualidad, reducida a su propia esfera, enmudece y aísla. Es interesante considerar al respecto un párrafo del artículo

[3]Azorín, *Obras Completas,* VI, "Gabriel Miró", pág. 999, Madrid, Aguilar, 1948.

de Ricardo Baeza sobre el estilo de Miró[4]. Partiendo del argumento de la sensación el agudo crítico lo supera allí mismo, llevado de su esfuerzo por ser preciso y justo. "Pero en lo que es única esta prosa es en la sensación y hay que confesar que nunca supo nadie darnos la sensación de las cosas —de un objeto, de una persona, de un paisaje— como Miró. Y no ya solamente la visión, el color y la forma, cuando no el sabor, el olor o el tacto, sino diríase también, el aura espiritual, el contorno sensitivo de la cosa, al tiempo que la emoción de los ojos o el alma que la contemplan. Al punto que la sensación se hinche y enriquece hasta el límite del sentimiento".

El problema de si las obras de Miró son o no son novelas —o qué otra cosa—, el asunto entero de la clasificación de estos libros impresionantes, depende para su solución de que nos hagamos antes algunas preguntas acerca de lo que estos libros contienen. ¿De qué suerte de paisaje, o mejor, de campo, como diría el autor, se trata aquí y qué conexión tiene con las personas? ¿Qué sensaciones son éstas y de qué modo se habla de ellas como para que el lector se sienta interpretado cuando uno de los personajes del *Obispo leproso,* exclama: "¡Ay, sensualidad, y cómo nos traspasas de anhelos de infinito!"[5]. La exactitud alucinante de las descripciones de cosas y el carácter inquietante[6] de estas páginas que desdeñan sujetar al lector mediante las inquietudes de un argumento azaroso, ¿qué significan? Como una contribución al esclarecimiento de estos temas, nos proponemos examinar aquí lo que Miró dice del espacio del mundo y la existencia en él.

[4]"Gabriel Miró", apud *Comprensión de Dostoiewsky y otros ensayos,* pág. 160, Barcelona, Juventud, 1935.

[5]Gabriel Miró, *Obras Completas,* Madrid, Biblioteca Nueva, 1949, pág. 1061. Las citas de Miró en lo que sigue están tomadas de esta edición, que mencionaremos como O. C.

[6]"Azorín", en el ensayo citado, pág. 992, y A. Valbuena Prat, *Historia de la Literatura Española,* III, pág. 535, 3ª ed., Barcelona, G. Gili, 1950, coinciden en llamar de este modo a los libros de Miró.

¿Qué significa hablar, como hace Miró permanentemente a lo largo de toda su obra, del "día ancho", la "mañana inmensa", etc.? Lo que así se presenta no es el espacio tomado aisladamente, sino que la anchura iluminada, la vastedad u holgura visible. Como visible lo vasto es, por necesidad, a la vez una cierta "hora", o sea, temporal; por cuanto es sólo mediante la luz, cuyas variaciones se dejan articular como "partes" del día u "horas", que la extensión se deja ver. El análisis nos obliga a usar las expresiones espacio y tiempo, pero la separación que introduce la dualidad de estos términos no se da en el nivel más concreto en que ambos son aunadamente como vastedad vista. Este nivel, más concreto, las estructuras de la experiencia abarcadas por él, son lo que nos ocupa. Reciben un tratamiento minucioso, casi diríamos sistemático, en la obra de Miró.

> "Se fue encendiendo la mañana y haciéndose grande"[7]. "Era una mañana inmensa de oro"[8] "... alzóse el pecho del verano, contenido todo el día por el temporal, y resucitó la tarde ancha, mojada y olorosa"[9]. "Paulina sentía una felicidad estremecida en la quietud religiosa del jueves grande: todo el día inmenso allí recogido como un aroma precioso en un vaso"[10]. "La noche inmensa se apoderaba de su vida, tocándola en el corazón como una mano de suavidad".[11]

Correlativamente, el tiempo, entendido también de otras maneras que como "hora" o "parte" del día, es nombrado en el mis-

[7]El Angel, el Molino, el Caracol del Faro, O. C., pág. 764.

[8]Libro de Sigüenza, O. C., pág. 587.

[9]Nuestro Padre San Daniel, O. C., pág. 897.

[10]El Obispo Leproso, O. C., pág. 969.

[11]El Obispo Leproso, O. C., pág. 983-4. Compárese, además, otros pasajes similares de "El Obispo Leproso", O. C., págs. 1007, 1008, 1010, 1040; de "Años y Leguas". O. C., págs.: 1067, 1072, 1073, 1074, 1076, 1100, 1110, 1158, 1161; de "Libro de Sigüenza", O. C., pág. 608; de "El Angel, el Molino, el Caracol del Faro", págs. 771, 772; de "Bethlehem", O. C., págs. 1202, 1210; de "Figuras de la pasión del Señor", O. C., págs. 1257, 1270, 1335.

mo nivel de concreción, por medio de expresiones espaciales. Consideremos algunos de los muchos pasajes en que así ocurre:

"El hidalgo de la masía se asoma a la empalizada y pregunta:

—Pastor, ¿lloverá o no? ¿Qué hará el tiempo? El pastor ha hecho un movimiento como para meterse en el tiempo y enterarse...

El pastor se ha vuelto súbitamente al cielo para hincarse dentro del tiempo. Su mirada ha recorrido todos los confines"[12].

"Descansamos en una banca torcida que habría recriado una piel de tiempo"[13]. "Los ojos de Nuestro Padre, ojos duros, profundos, de afilado mirar, que atraviesan las distancias de los tiempos y el sigilo de los corazones, sobrecogen y rinden a los olecenses"[14]. "Es un campaneo que viene de lo profundo de los años y ampara el paisaje"[15]. "Un humo de años nublaba las pinturas de las paredes"[16].

"Y al volver la memoria le parecía a Sigüenza que volviese con recelo sus ojos a muchas leguas de distancia"[17].

"Toda la faz de la tarde arada de caminos, de atajos, de vereditas. ¡Las leguas y los años que se ven allí!"[18].

¿Hablar del espacio temporalmente y del tiempo como espacial no será confundir ambas cosas, enturbiar a cada una al punto de no saber ya de qué se trata? Sería así, en efecto, si el propósito fuese distinguirlos o sintetizarlos luego de separados; si el fin, en suma, fuese el de operar con ellos en tanto que conceptos.

[12]Libro de Sigüenza, O. C., págs. 626 y 628.

[13]El humo dormido, O. C., pág. 689.

[14]Nuestro Padre San Daniel, O. C., págs. 785-6.

[15]Nuestro Padre San Daniel, O. C., pág. 890.

[16]El Obispo Leproso, O. C., pág. 987.

[17]Años y Leguas, O. C., pág. 1067.

[18]Años y Leguas, O. C., pág. 1161. Ver además otros pasajes que contienen expresiones como las antes citadas: "Libro de Sigüenza", O. C., pág. 649; "El humo dormido", O. C., págs. 667, 681, 723; "El Angel, el Molino, el Caracol del Faro", O. C., págs. 742, 770; "El Obispo Leproso", O. C., págs. 982, 1040, 1060; "Años y Leguas", O. C., págs. 1067, 1069, 1070, 1080, 1118, 1136, 1137, 1161-62, 1165, 1179; "Los tres caminantes", O. C., págs. 1217, 1220.

Pero el menester de Miró es, obviamente, otro. Quiere, nos parece, dar cuenta de una peculiar fusión de espacio y tiempo que está en la base de ciertas experiencias que todos conocemos y que desde los correspondientes conceptos no resultan ni accesibles ni comunicables.

De entre los personajes de Miró es por excelencia Sigüenza —el hombre del *Libro de Sigüenza* y de *Años y Leguas*—, el sujeto de las experiencias que decíamos. No se trata de un personaje o carácter literario; carece en absoluto de máscara o caracteres descriptibles más o menos fijos. Por lo cual no puede, tampoco, convertirse nunca en un héroe, esto es, en el centro de un drama o acción. Sigüenza es un andariego y un mirón. No quiere nada, en el sentido de tener propósitos claros y bien delimitados. Corre mundo, nada más y nada menos. Y mira, sobre todo mira y ve.

> "Estuvo mirando el valle. Mediodía. Tierras lacadas de lumbre; los árboles con su aro inmóvil de sombra; los pueblos, de cortezas y calles resudadas; los campanarios, hondos, hondos, y seguían dando la solución culminadora de cada lugar. Huertas, oteros, macizos, cárcavas, pinares, rebaños, vuelos más bajos que Sigüenza, y prorrumpían vibrando en el azul".[19]

Sigüenza recorre algunas comarcas levantinas y catalanas, frente al mar, muchas veces. Los valles, los montes, los caseríos y pueblos aparecen al paso del caminante sin prisas. Pequeños sucesos, historias breves de personas y acontecimientos, destinos rápidamente esbozados. Sobre todo se trata de la presencia de la vastedad y de los tiempos, la visibilidad de la anchura y la extensión de las horas y de los años. Lo que los ojos tienen delante de sí, son Aitana, Benimantell, los olivares y los senderos, la tarde y sus mudanzas delicadas o bruscas. Pero ocurre que mirando, como hace Sigüenza, las cosas particulares, tienen ellas, sin dejar de ser las que son, una rara manera de mostrar el mundo a la vez que se

[10]"Años y Leguas", O. C., pág. 1193.

muestran. Dispuestas, como aparecen, en el orden de una belleza que por grande no admite la nostalgia de otras mayores, no apuntan más allá de sí por lo que les pudiera faltar, sino, precisamente, por la plenitud que allí mismo cumplidamente acontece. Es la totalidad presente la que habla del mundo.

"Surgió un barco. Es posible que no fuera blanco; pero lucía candentemente como cincelado de sol y de blancura. Fue el mar para él como el cielo para el ave... Las aguas se abrían en rutas infinitas y gloriosas, dando un aliento de razas, de épocas, de pensamiento y de delicias..., el aletazo frío del viento libre, la alegría de la claridad, la claridad hecha mundo de aguas y de cielos, la inquietud perdurable. Y el barco solo, remoto, frágil y descuidado en lo inmenso y precisando lo inmenso"[20].

"A ella le parecieron estos campos demasiado abiertos y alucinantes. Adquiría otros conceptos de la soledad y de la intimidad. Muchas leguas sin nadie y creía que la miraban desde todo el mundo...".

"Le costó mirarlo todo, muchas veces, para sentirse dueña de esas distancias. En su país, la vista estaba dotada para las sensibilidades de las nieves prismáticas, del bosque tenebroso, del prado en zumo. Planos y masas verticales. Aquí sus ojos miraban como a través de piedras preciosas. Inmensidad cincelada".[21]

"Principia el verdadero Ifach, bronco, delirante y eterno de cara al mar libre. Madroñal, carrascas, pinares, toda la breña tendida, rebanada por la hoz del viento, todo verdeazul, crujiendo de infinito. Altitud firme de rocas tiernas, con estruendo vegetal y marino. Azules gloriosos. He aquí la vieja virginidad del mundo. Vieja virginidad recién comprada por seis mil reales. Su amo le pone puertas al cielo, al campo y al mar".[22]

"El excursionista se complace en una parcela de campo a costa del paisaje. Le agrada concretamente un sitio, y los ojos que ven con precisión, con limitación, un paisaje, se cansan pronto de mirarlo. De otra manera, también confinada, se sirve del paisaje el elegante y el deportista: para jugar en él separados de él.

[20] "El Angel, el Molino, el Caracol del Faro", O. C., pág. 758.
[21] "Años y Leguas", O. C., págs. 1142-43.
[22] "Años y Leguas", O. C., pág. 1155.

A la postre, en un fragmento de campo realizan el mito de sentirse dueños de la creación, sin importarles la creación; y de toda la Naturaleza lo único que no tiene límite ni contorno que le inquiete son ellos. Muchas veces, ha proclamado Sigüenza, con Somoza, que el paisaje natal, el nuestro, es el que nos mantiene la emoción y la comprensión de todo paisaje. Pero un paisaje para un lírico es el paisaje, la evocación de todos, con lo que puede poblarlo nuestra vida y con las regiones solitarias de nuestra vida. Un paisaje y, entre todos, el nuestro, abre la mirada desde lo lineal, desde el rasgo más sutil, hasta la esencia del campo sin confines y, al contrario del turista y del deportista, Sigüenza no sentirá más agobio de límites que los de sí mismo".[23]

"Paulina se arrojó en la noche grande de cielos, en la noche del mundo"[24]

El mundo que se hace presente a la par que las cosas particulares merced a esa integridad concreta del espacio y el tiempo, no es ninguna cosa que se viene a agregar a los objetos como uno más entre ellos. En el sentido de las cosas no es nada, o mejor, es nada. Pero es la nada que hace posible que las cosas se presenten como las que son. La claridad extensa ciñe a la cosa en su precisión determinada:

"(La femineidad de la hija de Bonhom, ceñida de la mañana gloriosa de la sierra, evidenciaba la hermosura intacta de virgen con toda su capacidad de delicias)".[25]

"Jerusalén resplande de una azulada blancura. El cielo intenso de Palestina semeja venir y redundar la cal y la piedra. . ."[26]

Se puede describir el tránsito de la visión que pasa del mundo a la cosa y de ésta al primero. Miró, dice:

"A pesar del peligro y descrédito lírico de lo panorámico, no puede Sigüenza negarse al goce divagador sobre los mapas miniados y plásticos de los montes, de las porcelanas agronómicas, de las curvas azules. Flojo el cuadrante, suelta la rosa de nuestra

[23]"Años y Leguas", O. C., pág. 1157.

[24]"Nuestro Padre San Daniel", O. C., pág. 907.

[25]"Años y Leguas", O. C., pág. 1192.

[26]"Figuras de la Pasión del Señor", O. C., pág. 1247.

óptica, se vuelve y revuelve por todos los rumbos hasta descarnar la angustia de nuestra ansia. Entonces, dejando los ojos de planear para parpadear, prendiéndose de una referencia del mundo, y desde allí, desde esa demarcación, con libertad ya sometida, se principia siempre a saber que el paisaje no está poblado por dioses, sino individualmente por nosotros, con sensibilidad que responde de nosotros".[27]

Las cosas como demarcaciones del mundo remiten sin falta a éste. Pero la conexión entre ambos no sólo toca al modo de la presencia de lo particular, que se ofrece como traspasada de infinito, sino también, a la visión para la cual es la presencia, y al visionario. La visión "se prende" en vez de moverse "por todos los rumbos" y el visionario somete su libertad a los dictados de la cosa definida por sus límites. Ya tenemos allí a un cierto individuo sensible que reacciona de un cierto modo. La referencia a los dioses es significativa: los dioses son por esencia cósmicos y aunque se dejen ver en un paisaje determinado están primariamente relacionados con el mundo; el *paisaje* habitado por ellos hace las veces de universo, es el universo para quien los ve allí y entonces. El trato del hombre con cosas, en cambio, es inmediato, asediante y hasta cargoso. Cada cosa, por sí sola, a cuyo trato nos damos es un cerco que nos sujeta a su finitud y a la nuestra. No media entre ellas y nosotros ni el mundo ni los dioses. Por eso Miró recomienda: "...y no mirarlo todo bajo nuestra frente como la gárgolas...".[28] Las cosas como referencias del mundo, en cambio, ni someten ni importunan.

Hay una singular coherencia en este grupo de representaciones de Miró. El asedio de las cosas en tanto que no remiten al mundo equivale para el hombre que sobre todo mira y ve a la privación de la libertad. Si tenemos presente que Sigüenza no anda empeñado en empresas de esfuerzo ni envuelto en un drama, nos evita-

[27]"Años y Leguas", O. C., pág. 1191.
[28]"El Angel, el Molino, el Caracol del Faro", O. C., pág. 752.

remos la tentación de darle a la palabra libertad su sentido más amplio y completo. Sigüenza es la encarnación, la figura ejemplar de ciertos momentos de nuestra experiencia; su libertad es la que corresponde a ellos.

La ocasión más obvia y simple en que la inmensidad iluminada sugiere la libertad es la de los movimientos no impedidos, fáciles, livianos. Eminente, entre todos ellos, el vuelo de los pájaros, admirado y envidiado de los hombres quizás desde siempre. Pero también al mar y al viento llama Miró continuamente libres, valiéndose de una representación tan familiar a todo el mundo que bien podríamos pensar que no hace falta un poeta para dar con ella. Pues, el estrato más elemental de la idea de libertad parece consistir en que se la piensa como la negación del encierro, de la cárcel, del confinamiento forzado. Lo que se mueve fácilmente y como por sí mismo, es libre. Y nada tanto como el pájaro. Miró le dispensa una atención minuciosa al quebrantamiento de la libertad magnífica del vuelo, al pájaro cazado o enjaulado.

"Dentro, en los grandes alcahaces, las cautivas palomas vuelan, se arrullan, se golpean en las mallas metálicas del techo, por donde asoma el alborozo de la libertad de los cielos... El intrépido juego de los tiradores es de una innegable amenidad. Se enjaula cada pájaro en una caja, que por ingenioso mecanismo se abre, deshaciéndose. El palomo pasa súbitamente de la prisión a la infinita anchura luminosa, al cielo sin alambres, y vuela... Suena un estampido, después otro, después otro".[29]

"¿Tú has mirado, de cerca, un águila, pero no águila de esas de jaula que se duermen rascándose como un hombre, sino un águila libre que se revuelve hacia la soledad con un temblor bravo de su grandeza, de oír y ver las distancias que están ciegas y calladas para las otras criaturas?..."[30]

"Pablo alzó los ojos al óvalo del cielo como si lo mirase desde una cárcava. Se precipitaban torbellinos de vencejos. Vencejos

[29]"Libro de Sigüenza", O. C., pág. 578.
[30]"Nuestro Padre San Daniel", O. C., pág. 837.

libres y no volaban en la anchura del "Olivar", ni encima del río, ni en los jardines de familias de colegiales que tenían hermanas tan hermosas. Pero sí que volaban en el azul del "Olivar", del río y de los huertos y como iban tan altos, los veía desde su brocal del patio del Círculo, y el encerrado y el oprimido era él".[31]

"Lo enjaularon (al gavilán), y él se quedó con la quilla en lo alto, las garras grifadas, todo erizo, que crujía cóncavo en su anhelo; la mirada redonda, siempre total para los ojos que se le acercaban; le salía en los suyos un telo lívido verdoso, de roña de cardenillo, y los colores de las plumas se le mudaban como la piel de una sierpe. El espacio radiante, abierto infinitamente por las manos de Dios para sus alas de fulminación, se le ceñía como una cuerda entre los hierros".[32]

El pájaro domesticado lo pierde todo. Puede ser libre, pero ya no le importa serlo. Es un inferior no sólo comparado con el que vuela, sino que, sobre todo, comparado con el enjaulado que sufre y que saldría disparado hacia el cielo como "un dardo de vida", como dice Miró, si encontrase el modo de hacerlo. Sigüenza les ve a los pájaros caseros el "aburguesamiento" hasta en las figuras:

"Dos palomos gordos, azulados, de gravísimo buche, hicieron un gozoso estrépito de alas y bajaron desde las bardas de una vecina casa angosta y ruda. Picoteaban en los carriles de polvo, en la orilla de la acera. Andaban a pasitos menudos, presuntuosos...

Estos palomos son caseros, retraídos, de cercado, amigos de gallinas enclaustradas, de alguna cabra de corral que pasa el día balando, porque se acuerda de la libre y tierna pastura de un collado. Estos palomos han ido envejeciendo y cebándose; han tenido muchas parejas de cría, son ya patriarcales"[33].

[31]"El Obispo Leproso", O. C., págs. 1027-28.
[32]"Años y Leguas", O. C., pág. 1188.
[33]"Libro de Sigüenza", O. C., pág. 633.

"A la cabra se la llevó un muchacho atada de una soga que apenas le dejaban aliento para el balido ni para el resuello, y el pobre animal tornaba la cabeza a sus amigas, las aves, como si ya no apeteciese la holgura y abundancia de los campos, sino la angosta querencia de su encierro".[34]

Pero si el espectáculo de la domesticidad de los palomos y las cabras es entre cómico y lamentable, el que ofrece la de una gavina o gaviota es casi trágico.

"Sigüenza le habló a Martínez de la altivez y soledad de las gaviotas.

—Yo creo que la de esta tarde me miraba con lástima. Son casi más felices que las mismas águilas. Alcanza su señorío a los mares, donde hunden audazmente sus picos para devorar los peces palpitantes. ¡Vayamos a la playa!

No lo permitió Martínez, porque quería mostrarle, en una cercana casa, algo que Sigüenza habría de considerar como suma de lo maravilloso.

—Pero, ¿qué es?

Y el otro, sin responderle, le condujo al portal de un zapatero.

El dueño cosía la suela de una bota de paño, y bajo su asiento dormitaba un pájaro grande, viejo, de alas grises, caídas, flojas; tenía una zanca escondida en el plumón de la pechuga, que era de un blanco de cazcarrias.

—¡Sigüenza, he aquí una brava gavina!

—¿Una gaviota? ¡Esto es una gaviota!

El enorme pájaro sacó los ojos de su telo y contempló fríamente al hombre.

—¡Gaviota, gaviota es! —afirmó el artesano, y tomó un cigarro que le daba Martínez.

—¿Y se resigna al encierro y a esta vida de callejón y de zapatería?

La gavina, cansada, mudó de pata y tornó a dormirse.

—¡Es todo la costumbre! —dijo el zapatero—. Este animal se come los garbanzos del puchero lo mismo que un loro. Sale

[34] "Libro de Sigüenza", O. C., pág. 634.

> conmigo, siguiéndome. Yo lo he llevado junto a la mar, y la mira, la mira..., y si me siento viene y me pone la cabezota encima para que la rasque.
>
> Sin embargo de la risa de Martínez y de la pesadumbre de su desengaño, quiso Sigüenza volver a la anchura del mar y a la visión de las libres aves".[35]

Que la falta de movimiento libre degrade a los animales, que el pájaro que no vuela casi deje de serlo, no parece raro. Más enigmática, en cambio, es la insistencia de Miró en las repercusiones *morales* que sobre la vida humana tienen la angostura y el confinamiento. No se trata, por cierto, de casos de encarcelamiento, sino de la estrechez propia de formas y hábitos tenidos por normales. La vida en las ciudades, aunque no siempre, por lo menos frecuentemente, la lobreguez de algunas casas, la angostura de ciertas calles, y, sobre todo, determinadas actitudes que se caracterizan por su enquistamiento en lo angosto y cerrado. Si bien la libertad de los animales parece quedar suficientemente concebida cuando nos la representamos como libertad de moverse sin trabas externas, con el hombre sucede que encarcelado gana, a veces, la plenitud de sí mismo, que no encontró afuera. O que, al contrario, libre de moverse si quisiera, esta disponibilidad no significa nada para él, que va por carriles fijos en los que se ha embarcado sin saber cómo ni cuándo. Pensemos en este momento, por un lado en Condorcet, por ejemplo, que mientras esperaba, sabiéndolo, su turno para subir al patíbulo, concibió y escribió aquel himno al progreso de la humanidad, que es su obra maestra. Por el otro, casi no necesitamos ejemplos; pensemos, de cualquier modo, en todo el mundo y en lo que se llama la vida cotidiana. Pero esta complicación del asunto de la libertad a la altura del hombre, a saber, que cuando dispone de la libertad de los pájaros puede en verdad no tener la suya, y allí donde le falta aquélla, precisamente, poseer ésta, ¿quiere decir sin más que la una no tiene nada que ver con la

[35]"Libro de Sigüenza", O. C., pág. 593.

otra? Miró parece querer mantener la conexión entre ambas, parece querer hacer justicia a la unidad de la palabra con que las nombramos.

"¿Cómo una señora principal y rica tenía esa avaricia y desconfianza?

Acaso vosotros sospechéis del fuero hereditario. Más bien Sigüenza cree que esa mezquindad se originaba de aquel vivir siempre murado y tenebroso, sin goce de anchura, de visión campesina.

De esto brota naturalmente, un elogio efusivo de los balcones, de los portales, de las solanas, de esos ojos bienhechores de nuestras casas.

Los balcones y portales merecen nuestro amor.

Los de Sigüenza se abrían frente al mar.

. . . .

Por los balcones goza Sigüenza de lo inmenso, y en esa llama infinita del mar parece que se acueste dichosamente su alma. Apiadémosnos de los que viven con las ventanas muy cerradas. Y los que tengan su casa en calleja angosta recuerden que siempre pasa por encima una franja de cielo, y, mirándolo, no hay quien le quite la miel a un niño".[36]

"No, no había más cumplido bienestar que el de don Luis: una cabal salud, tierras abundantes, casa alegre y, delante, todo el cielo que pueden apetecer los ojos. . ."[37]

"En aquel tiempo pasaba Sigüenza muchas tardes por un lugar callado, más hondo y oscuro que todos los lugares de la ciudad, porque allí las calles eran estrechas, los muros altos, el suelo empedrado rudamente como un camino aldeano. . .

Y todas esas pálidas cabezas que miraban a Sigüenza no parecía que se asomasen detrás de los cristales, sino detrás del tiempo, del tiempo dormido en el viejo lugar, a la umbría de la basílica. Y en esos cuerpos se perpetúa el alma de las primitivas familias que han morado en estas mismas casas venerables y tenebrosas como retablos. Allí la piedad se ha hecho carne y

[36]"Libro de Sigüenza", O. C., pág. 630.
[37]"Libro de Sigüenza", O. C., pág. 632.

piedra. Habrá matrimonios ricos, reumáticos, estériles. Los domingos les visitarán los sobrinos...

Y Sigüenza se dice que él quisiera vivir en una de estas casas, con unos viejos mañeros, de blanda grosura, y escucharles, comer un día a su mesa, y en seguida abrir la puerta y escaparse gritando...

Y pasaba Sigüenza por aquel lugar, y sentía en toda su vida el tránsito de los sitios anchos, claros, ávidos y rumorosos...

Alguna vez retumbaba el estrépido de un "auto" que iba como desgarrando el silencio y angostura. Y las gentes y hasta los portales y celosías de las casas y los sillares y gárgolas del templo se quedaban mirando esa máquina opulenta y palpitante como si pasara algún pecado mortal vivo, fuerte y gozoso".[38]

"Sigüenza se promete quejarse a doña Elisa de que estén cegadas las ventanas mejores del casalicio...

En la faz tapiada se endurece una mueca de avidez, como la de los tuertos y sordomudos. La ventana no es sólo la mirada, es también el grito, la ansiedad, la sonrisa hacia los senderos, las nubes, los caminantes, las aves, los rebaños, la lluvia, las estrellas...

Sigüenza sube a los sobrados. Serían los aposentos más sensitivos a la claridad, a las distancias, al silencio del paisaje; y también están ciegas las fenestras de su predilección".[39]

El encierro separa del mundo y ata a lo limitado. Aunque lo limitado no pueda ser sino como limitación de lo pleno, de lo abierto, "una referencia del mundo", cuando se lo toma por sí mismo ya no refiere, no indica más allá de sí. Se convierte entonces, aun cuando no tenga nada de angosta y oscura construcción, en una cárcel. La presencia de la inmensidad iluminada equivale a la de las posibilidades infinitas, y es, para quien la deja valer como infinitud, un llamado o mandamiento.

"Recuerde, señor cura, que siendo Ud. soldado en Ultramar alzó los ojos y se le llenaron de la pureza de los cielos y de la

[38] "Libro de Sigüenza", O. C., págs. 649-650.
[39] "Años y Leguas", O. C., págs. 1079-80.

hermosura de los campos, y supo leer en el glorioso libro de la Creación un bienaventurado mandamiento de paz y de amor, viendo la armonía del mundo".[40]

Hay una cierta dualidad en la *relación* del hombre con el mundo. El mundo, primero como la totalidad que sostiene y precisa a los entes todos en su identidad, su lugar y su hora propios, es la ostentación por excelencia de la variedad, de la riqueza de lo diverso. Como tal, aliviana y socava la fuerza capturadora de lo actual, de lo dado, de lo ya hecho. Mediante él somos remitidos a lo otro de sus determinaciones inmediatas, a lo posible, a lo remoto, a lo desconocido pero concebible. El mundo es horizonte de posibilidades. Pero, además, en tanto que totalidad y reunión de lo múltiple, su presencia es la manifestación excelsa de la unidad armónica. No hay que olvidar que la revelación de una unidad suprema, esto es, de una que efectiva y eficazmente abrace en sí al conjunto de lo diverso es, por necesidad, revelación de una armonía. La subsistencia de la menor desarmonía destruye la posibilidad misma de la reconciliación final de lo separado y distinto en un sólo todo. El mundo es, entonces, el horizonte de posibilidades que remite o refiere a la totalidad armónica. O, lo que viene a ser igual, el todo que despliega ordenamente la variedad de lo posible.

El contemplador que se mantiene en la visión del tránsito e intercambio de lo limitado y lo ilimitado no puede olvidarse a sí mismo. Porque si cabe y hasta se impone pensar que el mundo sigue su curso sin nosotros y que las cosas separadas vienen y se van sin término, indiferentes a nuestra suerte, no es posible, en cambio, que esa presencia de lo infinito en lo pequeño y esa precisión de lo pequeño por lo infinito ocurra sino porque yo u otro como yo la mantenga en su ser. Sólo para alguien las cosas refieren al mundo y el mundo ciñe a las cosas. Cuando este intercambio es una presencia, esto es, una manifestación actual, el espectador

[40]"Libro de Sigüenza", O. C., pág. 635.

soy yo. El mundo como horizonte de posibilidades se me ofrece a mí como aquel en que tengo que aprender a discernir mis posibilidades de las que no son las mías. Aprendizaje que me costará la vida, y que será a la vez, la vida que en este mundo llegue a ser mía. Mis posibilidades son, en todo momento varias y, además, cambiantes a lo largo de las edades de mi vida. Pero en tanto que son las mías como distintas de las otras, todas ellas están remitidas a la unidad de mi existencia. Pero mi existencia ¿es acaso unidad, es ya, en cualquiera de sus aspectos, de sus estancias y sus momentos, idéntica consigo misma? En todo momento determinado y en toda determinada posición estoy separado de mí mismo como unidad cabal de lo diverso que forma parte de mí. Mi identidad no sólo no está dada porque no está completa —se entera al fin con la muerte— sino que para que llegue a ser una unidad auténtica o armónica, esto es, una en que lo múltiple se reconcilie, la he de buscar, he de proponérmela como obra.

Dos libros dedica Miró al tema del esfuerzo humano por juntarse, a la obra de enterarse a sí mismo: *El humo dormido* y *Años y Leguas.*

La expresión "humo dormido". designa aquella atmósfera en la que se hacen presentes, de modo renovado, las cosas que fueron presentes actualmente en el pasado. ¿Por qué no hablar, entonces, sin más, de memoria? Desde luego, porque el tema no es en absoluto la facultad individual de recordar —"no han de tenerse estas páginas fragmentarias por un propósito de memorias"—[41], sino el espacio, el paisaje que ostenta los días pasados.

> "De los bancales segados, de las tierras maduras, de la quietud de las distancias, sube un humo azul que se para y se duerme... Concretamente no es el pasado nuestro, pero nos pertenece, y de él nos valemos para revivir y acreditar episodios..."[42]

[41] "El Humo dormido", O. C., pág. 665.
[42] Ibídem.

El tema de *El humo dormido* es de nuevo el mundo espacial y temporal, considerado ahora en aquella dimensión que presenta las visiones de que vive la memoria. En ella nos reunimos con nuestro pasado de una cierta manera; de una manera que no basta.

En *Años y Leguas* Sigüenza sale, veinte años después, a recorrer la misma región del *Libro de Sigüenza.*

> "Iba Sigüenza montado en un jumento, porque así recorrió, hacía mucho tiempo, sus campos natales".[43]

Andando los mismos caminos y lugares va recogiendo de sí lo que quedó desparramado.

> "Como en esa tarde vino en aquel tiempo. El olor de los viejos campos de la Marina, como el olor de su casa familiar en la felicidad de los veranos de su primera juventud. Pero no pareciendo que "fuese ayer", o pareciéndolo precisamente porque entonces sentimos todo lo contrario. Y porque nos oprime la verdad del tiempo devanado tuvo más fuerza alucinante la emoción de esta hora que se había quedado inmóvil para Sigüenza desde entonces. Y hasta hizo un ademán suave de tocarla, de empujarla, queriendo que volviese a caminar a su lado. Una lente lírica le acercaba a sí mismo. En ese algarrobo desgarrado, en aquella quebrada... debió de dejarse hincada su mirada, y ahora, entre todo, se le presentaba, no el recuerdo óptico y casuístico, sino la misma mirada, la sensación de su vida, que se había envejecido allí, y ahora le salía para verle pasar, a veinte años de distancia... y Sigüenza tuvo un goce íntimo, callado, de posesión..."[44]
>
> "Persuadido está Sigüenza de que volver a un lugar es buscarnos de memoria a nosotros mismos..."[45]
>
> "Ahora se acuesta y se distiende en la huella del recuerdo espacial, tibia de sí mismo. Pero ese ávido cuidado de ser él aquél, de coincidir a distancia de sí mismo ¿no le cohibe, no le contradice y le deja en medio, sin ninguno? Si es aquél, se ve a lo lejos en el fondo azul y frío de esta misma sierra remota, en una callada exclamación de sus sentidos. Si es el de ahora, se le pier-

[43] "Años y Leguas", O. C., pág. 1067.
[44] "Años y Leguas", O. C., pág. 1069.
[45] "Años y Leguas", O. C., pág. 1131.

de aquél; su acecho no le deja libertad; se recupera, se desmiente. A veces, todo límpido, inmediato, y cuando acude a la conciencia y a la óptica actuales para que se cumpla el milagro de la reiteración de sí mismo, precisamente por ellas, no hay milagro. Ha de descuidarse del que fue para ser del todo".[46]

La búsqueda de la propia entereza no se resuelve fácilmente en el logro que le pondría fin. Ocurre como con la contemplación del mundo: la consideración atenta de las cosas y los sucesos particulares, de la que esperamos la revelación, nos ata a los límites de lo dado, en vez de que estos límites nos remitan más allá de sí, a la totalidad. Pero no por ello es una búsqueda de lo imposible. Los extravíos vienen, sobre todo, de que creemos conocer de antemano los medios que a la plenitud conducen y la manera cómo, al cabo, se presentará. Pero ella tiene sus propias condiciones y las hace valer. No se deja asediar o tomar por asalto. Aquí menos aún que respecto del mundo caben los ademanes de propietario; no resulta abrigar ni la ilusión de que por seis mil reales se le ponen puertas al cielo, al mar.

"Se le acerca su pasado a Sigüenza respirando en la exactitud de su conciencia de ahora. Otra vez.

Sentirse claramente a sí mismo ¿era sentirse a lo lejos o en su actualidad? Pero sentirse en su actualidad ¿no era sentirse a costa de entonces, de entonces, que iba cegado por el instante? Y al inferirse y extraerse de él, saciándose de su imagen desaparecida, ¿no alcanzaba una predisposición a la felicidad que no fue entonces, cuando pudo ser, ni es ahora, porque ya pasó, y sin realidades, y por no tenerlas encontraba una fórmula de plenitud?"[47]

Sigüenza, debatiéndose entre las dificultades de su empresa, descubre que esa totalidad del mundo que lo llama a él a totalizarse sucede no sólo en la visión de la inmensidad iluminada sino

[46] "Años y Leguas", O. C., pág. 1182. Compárese también en la misma obra las págs. 1123 y 1136.

[47] "Años y Leguas", O. C., pág. 1190.

también en algo que siendo parte del mundo, logra, sin embargo, contenerlo. Sigüenza da en envidiar al agua.

"¡Ser como el agua de estos manantiales, agua estremecida de todas las imágenes de su camino; la misma agua desde la sierra al llano; el mismo cuerpo en cada gota y en las distancias, en su conjunto y multiplicadamente, sin perderse en su unidad!"[48]

"Dicen que es un agua dormida. ¡Cómo ha de estar dormida el agua que acoge sensitivamente todo lo que se le acerca, para mostrarlo, aunque no haya nadie que la mire!

Tiene la mirada abierta de día y de noche. De día la enciende y la traspasa el sol y el azul. Todas las mañanas les ofrece el agua su virginidad, desde las orillas de sus frescas vestiduras al profundo centro y a la otra ribera. Todo el tremendo sol se aprieta en una medalla de lumbre, y el manantial la mece como una hoja, y la va calando, derritiéndola y haciéndola cuerpo suyo desde la superficie al fondo. Por la tarde no tiene del sol más que un poco de fuego y de sangre.

. . . .

Desde octubre, un madroñal del collado comienza a sentirse a sí mismo, iluminándose desde el agua con la imagen de su hoguera de fruta. Y los follajes, los troncos, la peña, la nube, el azul, el ave, todo se ve dentro, y, muchas veces, se sabe que es hermoso, porque el agua lo dice. Entonces, todo adquiere el misterio y la vida de la emoción suya. Es ya la belleza contemplada; es el concepto y la fórmula de una belleza que se produce en esa soledad como en el alma del hombre, y el agua es como una frente que ha pensado este paisaje"[49]

"...Y el agua es creación y corazón que estremece lo creado, espejándolo y comprendiéndolo todo; tierra, firmamento, aire, soledades".[50]

Ser como el agua quisiera Sigüenza, que es todo lo demás sin dejar de ser ella misma; que se separa y sigue siendo idéntica, que

[48]"Años y Leguas", O. C., pág. 1105.
[49]"Años y Leguas", O. C., págs. 752-3.
[50]"Años y Leguas", O. C., pág. 1123.

en cada parte es entera y acoge todo. Este deseo sólo tiene sentido porque Sigüenza, se siente tan próximo a ella que, con un poco más, el contemplador del mundo sería tan entero como es una el agua quieta en que el mundo se refleja contemplándose. Pero Sigüenza no lo consigue y sigue andando. ¿O es que no lo consigue porque sigue andando y cualquier entereza ya vivida sería necesariamente reemplazada a los pocos pasos por el ansia de una mayor, más completa, de manera que los nuevos pasos se incorporaran a la totalidad de los anteriores?

Lo único seguro es que, Sigüenza, movido por el afán de reunirse cabalmente consigo mismo y lleno del mundo que, mientras anda, se le muestra, es, en la obra de Miró, la representación del hombre libre en contraste con los encerrados, los enmurados, los que no ven ni buscan nada que no tengan ya desde siempre. Esta libertad de Sigüenza, que no se deja recoger con facilidad en una fórmula, está, sin embargo, claramente relacionada con la inmensidad de lo abierto que se ofrece a la contemplación, con el hábito de mantenerse caminando sin estar demasiado interesado en llegar para quedarse, con la esperanza de que se tiene aún algo por delante, con la disponibilidad para conseguirlo, con el crecimiento no impedido por el miedo o por la idea fija. La libertad consiste, en una de sus dimensiones fundamentales, en la posibilidad de ser entero. Lo inmenso llama a realizar esta posibilidad. Pero este llamado no lo es a un deber que enemista con el mundo. Pues éste, a la vez, que llama, se ofrece: en su amplitud, para dejar crecer; en su variedad, para que se pueda elegir; en su unidad, para salvar de la disgregación y la parcialidad; en su armonía, para socorro de la fantasía que adelanta la entereza. Libre es el que tiene anchura y tiempo para enterarse del todo.

> "...Muchos días estuvo Sigüenza viviendo sus jornadas; era un trajinero de sí mismo"[51]

[51]"Libro de Sigüenza", O. C., pág. 660.

"El cántico de una avecita del cielo sumergió en éxtasis de siglos a un santo anacoreta. Sigüenza, transido, oyéndolo, se apasiona más por la tierra".[52]

"Y aunque no tengamos sed, cogemos la jarra de las dos asas y bebemos despacio, mirándonos los ojos en el guardado corazón del agua... Desde aquella sed, junto a la pila de esta fuente, ¡cuánto mundo, Señor, cuánto mundo, se le deparaba entre el arco de sus sienes! Y ahora todos esos años, los veinte años, venían dóciles como corderos y se paraban a beber y mirar en la pila viejecita, donde cabía temblando el firmamento".[53]

"El excursionista no tiene otro goce ni propósito que llegar a un punto concreto del mundo; valle o cumbre, árbol, peña, playa; y desde allí, casi únicamente desde allí, mirar a la redonda y volver. Yo, no. Y si soy excursionista, para mí la excursión no consiste en llegar, sino ir".[54]

"Las cosas se articulan a la vida de nosotros; se hinchen como una vena de la circulación del instante y del recinto que nos conmueve; abren la distancia de nuestra conciencia..."[55]



[53]"Años y Leguas", O. C., pág. 1189.
[53]"Años y Leguas", O. C., pág. 1123.
[54]"Años y Leguas", O. C., pág. 1157.
[55]"El Angel, el Molino, el Caracol del Faro", O. C., pág. 770.